

Globalización en América Latina: Ajustes, desajustes y perspectivas

Ana Irene Méndez^{*}
Wilmer Morales M.^{**}

Resumen

La globalización es más que un proceso económico: para algunos, impacta el rol del Estado, la vida social y cultura e igualmente afecta la identidad de los pueblos. La fragmentación y la localización son señaladas como efectos colaterales del proceso. Este artículo revisa contribuciones de autores europeos y latinoamericanos que afirman, primero, que la pérdida de soberanía y el desmantelamiento del Estado, y la despolitización de la sociedad son las principales consecuencias políticas y jurídicas de la globalización; segundo, que la homogeneización cultural es resultado de los adelantos de las tecnologías de la comunicación. La difusión sin precedentes de esas tecnologías permite un dominio capitalista genuinamente planetario, de acuerdo con científicos sociales críticos. En el caso de América Latina, señalan que, a los desajustes determinados por la inserción en el mercado global, se agrega el peso de la deuda externa.

Finalmente, se evalúan aquí algunas proposiciones para que los países latinoamericanos enfrenten los retos que les plantea la globalización. Proposiciones a considerar tomando en cuenta la necesidad de reafirmación de su identidad cultural y de adopción de modelos políticos, sociales y económicos que fortalezcan su autonomía.

Palabras clave: América Latina, globalización, homogeneización cultural, fragmentación, localización y despolitización.

Recibido: 12-01 -00. Aceptado: 02-03-00

^{*} Departamento de Investigación, Escuela de Comunicación Social, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia, Maracaibo, Telefax: (061) 596259; e-mail: amendez@cantv.net.

^{**} Instituto Universitario de Tecnología Agroindustrial Región los Andes, San Cristóbal.

Globalization in Latinamerica: Adjustments, Disorders and Perspectives

Abstract

Globalization is not just an economic process: for some it has a effect on the role of the state, social and cultural life, and identity of different peoples. Fragmentation and localization are also co-laterally affected in the process. This article reviews the contributions of european and latinamerican authors who first affirm that the loss of sovereignty, the dismanteling of the state, and the de-politicizing of society are the principal political and judicial consequences of globalization; and in second place cultural homogenization is a result of technological advances in communication. The unprecedented diffusion of these technologies permits genuine planetary capitalistic dominion according to scientific social critics. In the case of Latinamerica, they point out that disorders determined by the insertion of these economies in the global market are augmented by foreign debt. Finally, they evaluate certain propositions which would allow latinamerican countries to face the challenges proposed by globalization. These propositions are considered taking into account the necessity of reaffirming cultural identity, and adopting political, social and economic models which would strengthen their autonomy.

Key words: Latinamerica, globalization, cultural homogenization, fragmentation, localization, de-politicization.

1.- Introducción

Hay múltiples concepciones de la mundialización y la globalización. Algunos autores (Touraine, 1997: 34; Bernal-Meza, 1998:122) distinguen entre los dos conceptos: utilizan el de mundialización para identificar el proceso económico impulsado por el neoliberalismo y el término globalización, más inclusivo, dicen que comprende lo económico y las ideas que se integran en una particular concepción del mundo y de la vida social. En lo económico, se trata de un proceso no consolidado porque “aún el 80% de la producción mundial se destina a los mercados internos de los países” (Bernal-Meza, 1998:124). Boron (1998:187) atribuye una carga ideológica a los conceptos de globalización y mundialización. Del primero afirma que “esconde una opción político-económica muy clara a favor de los sectores más concentradores de capital” mientras el segundo “supone la posibilidad de un gobierno mundial”.

2.- Fenómenos asociados a la globalización

Según Bodemer (1998: 59-60), los factores que han influido en el proceso de globalización son: la liberalización de la política comercial, la desregulación de los mercados de manufacturas y finanzas –sobre todo en EE.UU. y en el Reino Unido-, la integración de mercados financieros, la revolución tecnológica en las áreas de la comunicación y la informática, la apertura de los mercados,

el desarrollo de la infraestructura de transporte y comunicaciones y los avances de los procesos de integración y regionalización.

Asociados con la globalización ocurren otros dos procesos novedosos: la vertiginosa mundialización de los flujos financieros y la fenomenal universalización de las imágenes audiovisuales. Esta última ha provocado una “creciente homogeneización cultural” que implica un mayor ascenso de las “clases dominantes en el ámbito mundial”. En segundo lugar, esa “cobertura sin precedentes (...) ha traído como consecuencia la construcción de un genuino espacio económico y cultural capitalista genuinamente planetario”. Por último, los avances mismos en la informática, el transporte y las nuevas tecnologías de la telecomunicación constituyen “instrumentos y vehículos mediante los cuales se verifica esta expansión planetaria” (Boron, 1998: 189-190).

La fragmentación y la localización son fenómenos consecuentes de la globalización que sacuden la vida social, política y cultural. La fragmentación se manifiesta en la forma de fundamentalismo (Bodemer, 1998: 57) y surge en defensa de identidades étnicas, religiosas, grupales y locales amenazadas. Está asociada con la disminución de la importancia y de la autoridad del Estado territorial y la merma de su legitimidad (Slater, 1998: 49).

En cuanto a la localización, ésta es vista como la otra cara de la globalización: “son al mismo tiempo fuerzas impulsoras y formas de expresión de una nueva polarización y estratificación de la población mundial en ricos globalizados y pobres localizados”. Esto implica “un nuevo reparto de, a la vez, privilegios y ausencia de derechos, riqueza y pobreza, posibilidades de triunfo y falta de perspectivas, poder o impotencia, libertad y falta de libertad” (Beck, 1998: 88).

3.- El reordenamiento global de la economía

La globalización conduce a un cambio en los patrones del comercio internacional y las inversiones, lo cual implica ajustes de envergadura dentro de las economías nacionales. En la medida en que el proceso globalizador se ha ido extendiendo y los obstáculos tradicionales al comercio y las inversiones han ido cediendo, el sistema internacional ha inducido cambios en diversas políticas internas, como la política de competencia, la política ambiental, las normas laborales, las políticas de inmigración, etc. Se ha hecho requisito indispensable que cada legislación y regulación gubernamental propuesta haga una evaluación de su competitividad económica potencial. No obstante, “es necesario que sepamos qué precio, en términos de esa competitividad, vamos a pagar por ésta o aquella política interna” (Drucker, 1997:267).

Durante los últimos veinte años se han creado bloques estratégicos para el logro de metas importantes como son la disminución de las barreras arancelarias, la libre circulación de mercancías y recursos entre los países signatarios de acuerdos económicos en búsqueda del fomento de ventajas comparativas y competitivas. Esto no obvia que el “secreto de la eficiencia del mercado es, precisamente, premiar los fuertes y eficientes y tender a eliminar los que por cualquier razón son más débiles” (O'Donnell, 1998:16). Frente a este proceso de libre mercado mundial, los países de América Latina se han integrado en foros económicos: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC que posteriormente se denominó ALADI); el Pacto Subregional Andino, hoy conocido bajo el nombre de Comunidad Andina de Naciones, el CARICOM, el MERCOSUR, el

Grupo de los Tres (G-3); y México, al Tratado de Libre Comercio (TLC o NAFTA por sus siglas en inglés). Estas asociaciones son indicadoras de las nuevas megatendencias orientadas hacia el fortalecimiento de la modernización del Estado y el libre mercado.

Según Immanuel Wallerstein (1995: 1), nos encontramos en estos momentos en una fase de bifurcación fundamental en el desarrollo del sistema-mundo y él propone dos tesis. La primera tesis es la absoluta imposibilidad de que América Latina salga adelante, pues lo que se ha venido desarrollando es únicamente la economía-mundo capitalista; su segunda tesis plantea que la economía-mundo capitalista se desarrolla con tanto éxito que se está destruyendo, lo que nos colocaría frente a una disyuntiva histórica que señala la desintegración de este sistema-mundo sin que se ofrezca ninguna garantía de carácter social. El verdadero problema para el Estado social, dice Wallerstein, reside en el hecho de que los espacios económicos nacionales están perdiendo su capacidad de manejo macroeconómico en favor de los mercados financieros internacionales, los cuales basan su dinámica en criterios de rentabilidad y eficiencia.

La presión que la globalización ejerce sobre los mercados de trabajo en el mundo entero ha conducido a un incremento continuado de la tasa de desempleo y la creación de desempleo permanente; esto aumenta, a su vez, la presión sobre el financiamiento de los sistemas sociales de seguridad. Esta situación ha generado problemas financieros que fortalecen una creciente crisis de legitimidad, que va a la par con los costos del Estado social. De allí que la constitución de un nuevo Estado social tiende a basarse en los trabajos de medio tiempo y en los de tiempo parcial; en programas para el ocio, la familia y la educación continua, la jubilación y la actividad en la tercera edad. Esta realidad, en todo caso, se erige inevitable ya que “mientras el papel geopolítico de las naciones-estado disminuye en importancia, también ocurre lo mismo con su papel como patrón de último recurso” (Rifkin, 1997:278).

4. Consecuencias políticas y sociales de la globalización

El mercado global necesita del Estado y al mismo tiempo aboga por su minimización. El avance de la globalización erosiona los límites entre lo nacional, lo transnacional y lo internacional y ha puesto en jaque el papel del Estado nacional. El cuestionamiento del Estado “se refleja en la pérdida relativa de la capacidad de gobernabilidad, de control, de gestión sobre el ámbito de la economía y lo social, ha deteriorado también su papel como organizador y regulador de la actividad económica, hecho que constituiría un paso necesario hacia la configuración de un, nuevo régimen de acumulación que obviamente prescinde del Estado, acabando así con la vinculación histórica entre Estado y mercado” (Bernal-Meza, 1998:131-133).

También la soberanía de los estados se ve socavada mientras el capital se hace cada vez más poderoso y soberano. Dice Bodemer (1998:64-65) que el poder de las empresas globalizadas se deriva de su capacidad para: (1) exportar puestos de trabajo; (2) segmentar productos y fases de producción y diversificación espacial del proceso productivo; (3) negociar con los gobiernos la reducción de cargas impositivas y bajar los costos salariales; y (4) elegir donde tener su sede, diseñar, producir, comercializar y pagar impuestos. Esas capacidades pueden ejercerlas las potencias económicas privadas “sin preocupaciones electorales, responsabilidades políticas, controles ni,

desde luego, la menor solidaridad con aquéllos a quienes aplastan” (Forrester, 1997: 34). Por otra parte, se ven llevadas “a la situación de enfrentar para su propio provecho a los distintos estados nacionales” (Beck, 1998: 100).

Otra consecuencia de la globalización es la aparición de una sociedad mundial, una sociedad no estatal constituida por “un conglomerado social para el cual las garantías de orden territorial-estatal, pero también las reglas de la política públicamente legitimadas, pierden su carácter obligatorio” (Beck, 1998: 146). Esa sociedad está integrada por actores transnacionales diversos: inversionistas, banqueros, altos ejecutivos y propietarios de empresas transnacionales, las empresas mismas, pero también organizaciones como Amnistía Internacional y Greenpeace. Estos nuevos actores de la escena mundial se distinguen por lo siguiente: (1) actúan en muchos lugares; (2) su quehacer resulta más inclusivo y menos exclusivo que el de los actores estatales; (3) actúan de manera eficaz como instancias nacionales-estatales; (4) crean su propia ‘soberanía inclusiva’ al servirse de los Estados territoriales exclusivos (Beck, 1998: 146). Estos actores se limitan y fortalecen mutuamente lo que resulta en: a) el cuestionamiento hacia dentro y hacia fuera de la autoridad, la legitimidad, la capacidad de configuración política y control de los Estados y b) la politización de esa sociedad mundial, no fijada territorialmente, a costa de la despolitización de los estados territoriales (Beck, 1998: 146-147; Wallerstein, 1995: 9). Un fenómeno paralelo se observa cuando organizaciones políticas de alcance local, regional, y supranacional compiten con las naciones por la lealtad de los ciudadanos (Elkins, 1997: 142).

No obstante, el Estado sigue teniendo un papel importante aunque sólo sea por la necesidad de su intervención para contrarrestar la tendencia estructural de la globalización a la desintegración social. Dice Lechner (1992: 86-87) que el debate sobre el Estado y el mercado se refiere al desafío de hacer compatible la integración de la economía mundial por parte del mercado con la integración social por parte del Estado, pues ninguno de los dos es capaz de lograr por sí solo hacer compatibles ambas integraciones.

Por otra parte, con la introducción de un estilo de política altamente tecnocrático impuesto por las estrategias económicas internacionales, el ethos democrático de las instituciones representativas de la democracia se ve socavado (Slater, 1998:45). Algunos ven amenazado el futuro de la democracia pues ésta “no puede coexistir con una gran polarización socioeconómica, ni el nivel nacional ni al nivel mundial” (Wallerstein, 1995:1 1); “Kliksberg (1993) agrega “cuanto mejor la equidad en una sociedad, mayor su crecimiento a largo plazo y al revés”.

El avance arrollador del mercado -que crea consumidores, no ciudadanos-, el debilitamiento del Estado nacional y lo profundo de las desigualdades amenazan la democracia, pero también, contribuyen al desmantelamiento de la ciudadanía en la medida que deterioran todas sus dimensiones. A esto se agrega la reducción del espacio público como espacio de participación al interior de los Estados y la restricción de la libertad de opinión que “en los medios de comunicación ha perdido su sentido, por cuanto éstos suponen que vivimos en una sociedad para la cual no hay alternativa” (Hinkelammert, 1991:21). Todo lo anterior contribuye al fenómeno de la exclusión que “se refiere a la falta de incorporación de parte significativa de la comunidad social y política (... que) limita la constitución de una dimensión nacional entendida como pertenencia de los individuos residentes en un territorio, subordinados a un mismo poder, a un orden simbólico, económico y político común” (Fleury, 1998:74). Son éstos, en suma, procesos de despolitización que se retroalimentan mutuamente al interior de los Estados. No obstante, “el globalismo está siendo

desafiado continuamente por los movimientos y por las configuraciones asumidas por los individuos y colectividades, grupos y clases, partidos y sindicatos, movimientos sociales y corrientes de opinión pública” (Ianni, 1998:17).

5. Impacto de la globalización en la cultura

Dado que hay diversidad de concepciones de la cultura, resulta útil examinar los conceptos propuestos por algunos autores y el papel que atribuyen a la cultura en los cambios que ocurren en otros órdenes de la vida social para luego vincularla con el proceso de la globalización. “La cultura es, primero que todo, una 'abstracción útil’”, dice Martin (1997:157) citando a Kluckhohn. Martin (1997:155), quien examina el papel de la ópera como factor que contribuyó a superar la “crisis histórica fundamental”, denominada Crisis Barroca en el siglo XVII, considera la cultura como un proceso social y también individual: “(...) es un término para describir las regularidades y patrones presentes en una sociedad. Cultura es el 'proceso interno' de un individuo, que se manifiesta en actos creativos de la 'vida intelectual', 'las artes', o en otros ámbitos. Además, la cultura se refiere a 'modos de vida como un todo' (whole ways of life), lo que incluye lo intelectual, lo material y lo espiritual. En el plano individual, “la cultura provee a los individuos de los medios para interpretar la realidad”. En los planos social y político, “la cultura es importante en las transformaciones estructurales (...) la cultura afecta la consolidación de los estados y las nuevas formas de relaciones sociales y, en consecuencia, afecta directa e indirectamente las estructuras globales en formación”.

Martin (ibid: 164) establece un paralelo entre la Crisis Barroca y la crisis actual de Capitalismo. En el siglo XVII Europa pasaba por grandes cambios: el capitalismo comenzaba a desplazar las formas feudales y gremiales de organización económica, surgían el Estado centralizado y los Estados nacionales. Estas formas de cambio estaban conexas entre sí y se impulsaban mutuamente. La crisis barroca fue el resultado, dice Martin, del agotamiento de las estructuras económicas sociales y culturales. Las élites europeas crearon a mediados de ese siglo una estructura más estable denominado “sistema moderno europeo”. Este autor señala que, aunque es difícil probar los efectos concretos, sí puede inferirse el papel de la ópera, junto con otros productos culturales, en la construcción y legitimación de las nuevas estructuras de la Europa moderna. Concluye que, dado que se visualiza la posibilidad de un mayor cambio estructural entre el fin del siglo XX y el principio del XXI, debemos estar atentos al potencial del presente fermento de ideas y formas culturales para señalar la nueva dirección en la cual se mueven las estructuras o se moverán en el futuro.

Beck (1998: 101-102), citando a J.H. Pieterse, propone diferenciar dos conceptos de cultura que se entremezclan, que se acoplan perfectamente entre sí: la cultura 1 que “vincula la cultura a un territorio concreto”; parte del supuesto de que la cultura es el resultado de procesos básicamente locales; la cultura 2, un concepto más enriquecedor, “considera la cultura como un 'software' humano general. Subyace en las teorías de desarrollo (...) y está determinado como proceso de aprendizaje translocal (...) La cultura 2 significa necesariamente culturas en plural”. A la cultura 1, Fernet-Betancourt (1988:54-56) la denomina cultura de origen, que “no es para una persona su destino inexorable sino su situación histórica original (...) que (...) la define como persona perteneciente a un mundo con sus propios códigos sociales, políticos, religiosos, axiológicos, etc.; y que constituyen para ella 'la herencia' desde y con la que empieza a ser’.

Sobre los efectos de la globalización en la cultura existen visiones contrapuestas, como ocurre con las otras dimensiones del fenómeno, Beck (1998:71) cita a Kevin Robins quien propone el concepto de 'globalización cultural' que “trata primordialmente de la fabricación de símbolos culturales que inducen la unificación de modos de vida y modos de conducta transnacionales. Beck (p.79-80) se apoya en el concepto de globalización propuesto por Roland Robertson, y el cual es un neologismo formado por las palabras globalización y localización. “La cultura global no puede entenderse estéticamente, sino sólo como un proceso contingente y dialéctico (...) Según el modelo de la 'glocalización' las generalizaciones a nivel mundial (...) y el nuevo énfasis, descubrimiento e incluso defensa de las culturas e identidades culturales (...) no constituyen ninguna contradicción”. Más adelante, Beck (p.87) niega que la globalización produzca unificación cultural; dice que no hay tal cosa como una “cultura global”; que, por el contrario, “los escenarios globales que se derivan de ella más bien deben entenderse como una extremada 'imaginación de vidas posibles' de dos caras, que permite una multiplicidad de combinaciones”.

Bernal-Meza (p.119-120) dice que la globalización implica “una ampliación de espacios (...) de información y de cultura”. Señala que la globalización alberga en su seno dos vertientes, una de homogeneización y otra de heterogeneidad cultural. Quienes “sostienen que los efectos mayores sobre el sistema mundial son de 'homogeneización' hacen énfasis en la importancia de la globalización económica” y afirman que las empresas transnacionales son “fuentes emisoras de mensajes vinculados al consumo y la cultura de mercado”. Por otra parte, quienes se inclinan por los “efectos diferenciados y heterogéneos destacan dinámicas de apropiación y modificación del mensaje y de sus símbolos, en los niveles nacionales y subnacionales”. Bernal-Meza señala tres tendencias que caracterizan el impacto de la globalización sobre la cultura: (1) el predominio de las industrias culturales sobre las formas tradicionales de producción y circulación de la cultura; (2) el incremento de los productos de cultura de consumo privado y (3) un cambio en los patrones de consumo más masivo con transformaciones en el contenido y mensaje de los bienes culturales.

Margulis (1997:38-40) afirma que “el consumo avanza sobre la cultura, más aún, se inserta en ella. Cada nuevo producto coloniza un espacio semiológico, se legitima en un mundo de sentidos y de signos (y) requiere un capital cultural para su uso”. Al vincular los procesos sociales y culturales Margulis (p.42) destaca la “conflictividad en el plano nacional y étnico, el recrudescimiento de viejas formas de discriminación, prejuicio y exclusión”.

La identidad del yo se transforma, dice Giddens (1997:48-49) y esa transformación constituye, junto con la mundialización, “los dos polos de la dialéctica de lo local y lo universal (...) los cambios en aspectos íntimos de la vida personal están directamente ligados al establecimiento de vínculos sociales de alcance más amplio (...) el nuevo 'sentido del yo' (...) se construye como parte de un proceso de introducción de formas sociales innovadoras”.

O'Donnell (1998:6) considera que la globalización produce en el yo efectos contradictorios. Por una parte, la conciencia moderna se piensa a sí misma dentro de un ensanchamiento de los límites geográficos y temporales, pero que también el individuo se siente angustiado y desorientado. Se tiene la sensación de que “el destino individual (...) y el de países enteros, está más influido que nunca por fuerzas y actores que operan más allá de nuestra capacidad de controlarlas”.

6. La globalización en América Latina

Los autores latinoamericanos son, en su mayoría, críticos del proceso neoliberal en América Latina. Un balance de los resultados (Boron, 1998:180-181; Vilas, 1998:118-122) apunta a un crecimiento de la desigualdad en la distribución del ingreso. La gestión neoliberal ha tenido éxito en la lucha antiinflacionaria y en la recomposición de la tasa de ganancias para algunas fracciones de capital, al tiempo que contribuyó a la desorganización de los sectores populares y la fragmentación social. Un ingente rezago social afecta al subcontinente: “en una sola década casi todas las sociedades latinoamericanas han retrocedido 20 años sus índices de bienestar” (Labastida, 1992:144). El resultado más aberrante es que “un tercio de la población latinoamericana está excluida del desarrollo y relegada a situación de pobreza” (Lechner, 1992:84).

En lo político, se ha dado la contradicción de una emergencia del proceso de democratización incluyente combinada con políticas de ajuste y modernización excluyentes (Labastida, *ibid*: 146). La crisis del Estado-nación latinoamericano se expresa en tres ámbitos distintos, dice Labastida: a) en lo político, pérdida de credibilidad de las instituciones políticas; b) en lo económico, desbordamiento de su territorio o espacio económico nacional y c) en su forma y funciones, los Estados desempeñan con dificultad algunas de sus funciones tradicionales.

Boron (1998: 185) alude al achicamiento de los espacios públicos de las sociedades latinoamericanas y al desmantelamiento de empresas e instituciones públicas con la reconversión, en función de la lógica mercantil, de los derechos a la salud, la educación, la seguridad social y la preservación del medio ambiente en bienes o servicios adquiribles según las reglas del mercado. El Estado es asediado por la imposición del modelo neoliberal de la globalización de los mercados. Por una parte se hace más débil al asumir el costo financiero de la reconversión y el costo político de la drástica reducción de los servicios públicos, Por la otra, debe ser fuerte para reprimir los reclamos de reivindicaciones sociales y para imponer, a su vez, la liberalización de los mercados a las organizaciones laborales (Lechner, 1992:83-84).

La soberanía del Estado latinoamericano también se ha visto erosionada (Labastida, 1992.:146-148; Fleury, 1998:74). Dos factores han contribuido a este fenómeno, señala Labastida: (1) la intervención de los organismos multilaterales en las políticas económicas internas; y (2) los intentos de establecer una fuerza militar comandada por Estados Unidos para el combate del narcotráfico en el subcontinente. A lo anterior se agrega el endurecimiento de la legislación norteamericana para contener el masivo y constante flujo migratorio sur-norte, política que contradice la liberalización del flujo de bienes, servicios y de la migración de mano de obra latinoamericano altamente calificada, en lo que se denomina comúnmente “fuga de cerebros”.

Otro problema que confrontan los Estados latinoamericanos es el de la gobernabilidad que, según apunta Fleury (1998:72-73), se deriva de “la contradicción paradójica que se establece al tratar de mantener un orden jurídico y político basado en un principio de igualdad básica entre los ciudadanos y, al mismo tiempo, preservar el mayor nivel mundial de desigualdad en el acceso a la distribución de la riqueza y de los bienes públicos”. A este respecto dice Kliksberg (1993) que América Latina es considerada unánimemente como la región con mayores desigualdades económicas y sociales del mundo entero.

El triunfo del neoliberalismo en Latinoamérica es, según Boron (1998: 173-176), más ideológico y cultural que económico y se pone en evidencia a través de cinco dimensiones:

- a) Producción de una radical resemantización en clave conservadora, destinada a alterar profundamente los significados de ciertos conceptos. Cita como ejemplo el término “reforma” utilizado para designar “un conjunto de políticas que objetivamente empeoran las condiciones económicas y sociales”.
- b) La “re-mercantilización” de antiguos derechos y prerrogativas (salud y educación) de las clases populares que se convierten en mercancías y se intenta sustraerlos del debate político.
- c) El desplazamiento del equilibrio entre Estado y mercado a favor de este último, mediante la satanización del Estado y exaltación de las virtudes del mercado.
- d) Creación de un “sentido común” neoliberal que penetra las creencias populares y tiende a “manufacturar el consenso”, en lo que los franceses denominan “el pensamiento único”.
- e) En el terreno de la cultura, la política y la ideología, desarrollo de la convicción entre amplios sectores sociales y entre las elites políticas de que no existe alternativa.

5.- La deuda pesa sobre América Latina

La deuda de los países latinoamericanos se ha convertido en un factor depresivo y caótico que subordina las políticas nacionales a factores exógenos incontrolables. El dilema que confrontan es dirimir si son o no naciones soberanas capaces de decidir su propio destino. Igualmente, cabe señalar que el proceso ortodoxo de ajuste que se ha instrumentado carece de elementos esenciales de equidad que lo justifiquen.

Lo que se debate ahora no es el monto de los capitales externos que permitirían financiar los servicios del endeudamiento e, incluso, el déficit del balance comercial y la cuenta corriente, para efectos de aumentar los bienes y servicios disponibles por encima de la producción interna; lo que se discute es saber cuántos recursos propios deben destinar los deudores al cumplimiento de sus compromisos externos. La deuda ha sido incorporada como un elemento clave de la asignación de los recursos propios de cada país. Por un determinado tiempo -al menos hasta que cambien las tendencias imperantes en el orden mundial- lo que los deudores debaten con sus acreedores y con el Fondo Monetario Internacional es su propia política económica y la asignación de sus propios recursos (Rodríguez y Rodríguez, 1987). Esto deja en evidencia el alto grado de injerencia externa en la definición de las políticas nacionales.

Los países de la región enfrentan el siguiente dilema: por una parte, su desarrollo socioeconómico depende de una inserción competitiva en los campos más dinámicos de; mercado mundial y, por la otra, la apertura al exterior profundiza aún más las ya graves desigualdades sociales al interior de la sociedad latinoamericana (Lechner, 1992:84). El hecho es que un tercio de la población está excluida del desarrollo y relegada a situaciones de pobreza. Registros recientes indican que después de reducirse continuamente a lo largo de los años setenta, la pobreza se incremento de manera espectacular en América Latina durante los años ochenta. Mientras que hacia finales de la década, la proporción de la población que vivía en una situación de moderada pobreza se había incrementado al 35%, y la población que se hallaba en situación de extrema pobreza había aumentado aproximadamente un 17%. En los años noventa, la distribución del ingreso en la región no ha mejorado, aunque se interrumpió el persistente deterioro que caracterizó al período de fines de

los años ochenta (Londoño y Székely, 1997). El hecho de que la pobreza no haya disminuido puede también reflejar la forma en que se distribuyeron los beneficios de la recuperación.

En América Latina la deuda externa ha sido un argumento excelente para justificar la aplicación de políticas de ajuste impuestas por organismos multilaterales. Su instrumentación bajo regímenes autoritarios implica que se obvие vocación alguna de concertación política. En el marco de un sistema democrático ésa es una tarea más compleja. Implica concertar acciones en sociedades pluralistas, de aún débiles tradiciones democráticas y agobiadas por las mismas tensiones sociales del atraso, en el supuesto de que una sociedad pluralista permita una mayor distribución del poder. Igualmente, una mayor distribución del poder permitiría abrir las puertas a la democratización de la sociedad civil (Bobbio, 1989:50). De allí la debilidad que suele advertirse en gobiernos democráticos para operar con la energía y eficacia requeridas. A lo anterior se agrega que en la solución de la crisis, estos países tienen una tendencia a desplazar hacia el contexto externo tanto las causas como la búsqueda de salidas. Tal desplazamiento resulta extremadamente peligroso, pues constituye una grave amenaza para las soberanías nacionales y al derecho de autodeterminación de los pueblos. Porque no se trata -como en las décadas de los años 1950 y 1960- de aplicar programas transitorios de ajuste que en el corto plazo restablezcan el equilibrio de los pagos internacionales, ya que el tema de la deuda seguirá pendiente durante largo tiempo y compromete toda la política económica por plazos indefinidos. En otras palabras, está en juego el destino nacional de los países latinoamericanos.

La hipertrofia del Estado y el desborde del poder burocrático, los obstáculos a la actividad creadora de la iniciativa privada, la ausencia de respuestas eficaces a las necesidades sociales más urgentes, mientras se despilfarran los recursos en consumos suntuarios y la aparentemente indetenible fuga de capitales, son algunas pautas de comportamiento incompatibles con un desarrollo autosustentado, con un equilibrio externo y una estrategia gerencial abiertamente competitiva (Kliksberg, 1993). La deuda es la mejor muestra de la crisis de tales modelos de desarrollo. El cuestionamiento abarca los modelos de articulación social y política de cada sociedad nacional. Surgen, a propósito de ello, reclamos de participación, la afirmación de la libertad como valor esencial de la cultura, el rechazo de las manipulaciones que sirven a intereses sectarios y comprometen los de la nación. De estos aspectos sociales y políticos nos ocuparemos más adelante.

No resulta nada extraño que, en tales circunstancias, la deuda externa se haya convertido en un mecanismo de negación de los problemas internos de las sociedades nacionales y refleje la debilidad para enfrentar las impostergables transformaciones internas. Vivimos en un mundo convertido en una gran paradoja. Un mundo donde el marco externo influye profundamente en el comportamiento de cada sociedad nacional. Y, sin embargo, son los problemas internos, las pautas culturales de cada pueblo, sus sistemas políticos, las aspiraciones y los conflictos domésticos, los que actúan como factores dominantes del comportamiento de cada país (Ferrer, 1983). La deuda externa ha venido a trastocar este escenario interno de los problemas esenciales de los países y lo han desplazado al mundo de las negociaciones financieras internacionales, donde ningún problema, incluyendo la deuda, puede encontrar actualmente solución.

7.- ¿Sin perspectivas?

Hemos dicho aquí que la mayoría de los autores latinoamericanos son críticos del modelo neoliberal. Algunos de ellos también son pesimistas con respecto al futuro. Wallerstein (1995: 1), por ejemplo considera que es imposible el desarrollo latinoamericano, no importa cuanto esfuerzo hagan los gobiernos porque “lo que se desarrolla no son los países (sino) la economía-mundo capitalista”, que es, por naturaleza, polarizada.

Bodemer (1998:65) aboga por la necesidad de adaptación al nuevo entorno por parte de los políticos, sindicatos, ciudadanos y los propios gerentes de las empresas. Arocena (1992: 109-110) cita a Alan Touraine, quien afirma que “Existe un modelo latinoamericano definido por la interdependencia estructural de tres tipos de categorías relacionadas con la industrialización, la dependencia y la modernización (y que) las grandes creaciones de la sociedad latinoamericana no son movimientos sociales sino formas de intervención política”. Esa estrecha interdependencia, con autonomía relativa y sin subordinación, se manifiesta en lo social, lo político y lo estatal, y “sugiere que la dinámica social puede revigorizar a la política”.

8.- Las estrategias para salir adelante

No basta con definir la naturaleza de las políticas de ajuste y si éstas son o no recesiva; si resulta ético “ajustar” deprimiendo el nivel de vida y la formación de capital o si, por el contrario, esas políticas permiten el repunte de la producción, el empleo y el ingreso real. Lo que debe definirse es quién decide el rumbo económico y si los países latinoamericanos conservan o no el derecho de decidir su propio destino. Los actores principales del debate han sido los gobiernos de los países deudores, los banqueros, acreedores, el FMI y, ocasionalmente, la Tesorería de los Estados Unidos. Los mismos centros de poder internacional están interesados en que el actual “desorden” del sistema económico y financiero internacional no termine con las reglas del juego que sostienen el orden económico y la seguridad planetaria. La inestabilidad del sistema internacional constituye otro elemento que contribuye a invalidar el esquema ortodoxo de ajuste. La situación emerge a propósito de la reciente crisis asiática y de los efectos “tequila” y “samba” que ocasionaron un sismo financiero en las economías latinoamericanas inmersas en políticas de ajuste de fuerte recuperación.

El acatamiento de las políticas impuestas por los organismos multilaterales lo que ha hecho es agravar el desempleo y la pobreza en sectores fundamentales de las comunidades latinoamericanas. La única respuesta realista consiste en perfeccionar los mecanismos de acción de la democracia y, bajo este mismo contexto, incorporar la deuda como un problema central, pero sólo como uno de los desafíos que confrontan estos países. Aunque no será posible recuperar el derecho a la auténtica libertad y a la autodeterminación si antes no se realizan los cambios estructurales internos indispensables.

En varios países del continente, el problema inmediato de política consiste en asegurar que las tensiones económicas y financieras que han surgido no conduzcan a una dolorosa crisis o a profundizar la existente. En este caso los principales desafíos consisten en abordar los déficit fiscales que pueden surgir al disminuir el ritmo de crecimiento de la economía, evitar una

disminución potencialmente desestabilizadora de la confianza y vigilar a los bancos nacionales e intervenir rápidamente para asegurar que los bancos débiles no magnifiquen la posibilidad y el costo de una crisis bancaria que apuesta a “la resurrección” (BID, 1997). Con o sin deuda externa, con o sin FMI, se hace indispensable ordenar al Estado y equilibrar el presupuesto, redistribuir el ingreso, realizar profundas reformas fiscales, reorganizar los sistemas financieros, frenar la inflación, ajustar los pagos internacionales y fortalecer el aparato productivo.

Es esencial resolver todos estos dilemas para revisar el proceso de democratización en América Latina. Más aún cuando en estos tiempos de globalización “un régimen democrático es más necesario que nunca”. Ya que, en definitiva, buena parte de la cuestión radica en la propia debilidad de las fuerzas nacionales para plantear los problemas en sus bases reales y aprovechar el formidable potencial transformador de la democracia. De la superación de estas debilidades dentro de las mayorías nacionales y de la formulación de programas realistas de ajuste y desarrollo, dependerá que la deuda pueda pagarse sin sacrificar el futuro. Futuro que igualmente dependerá de la “combinación de vigor y flexibilidad, alimentada de auténtica preocupación por el bien común, con que importantes segmentos de la población, incluidos muy especialmente sus segmentos dirigentes, acepten y a la vez domestiquen la globalización mediante fortalecidos estados nacionales” (O'Donnell, 1998:18-20).

El reto de los países de América Latina consiste entonces en armonizar la democracia política, con el crecimiento económico y la equidad social, lo cual pasa por repensar el concepto mismo de Estado y encarar el fortalecimiento del orden civil (Lechner, 1992:80-89); también pasa por la reestructuración de los procesos productivos y el desarrollo de tecnologías propias, la satisfacción de las demandas sociales y la recuperación del Estado por la sociedad civil (Labastida, 1992:148-149).

Giddens (1997:267-271) propone dos políticas cuya aplicación pudieran resultar útiles para el fortalecimiento de la sociedad civil en Latinoamérica. La política emancipadora, cuyo objetivo es “el de liberar a los grupos no privilegiados de la condición de infelicidad o el eliminar las diferencias relativas entre ellos (...) La política emancipadora da importancia máxima a los imperativos de justicia, igualdad y participación”. Es obvio que la realización de esta política es imposible sin una política consensual de los actores estatales.

La segunda proposición de Giddens (1997:271-286) es la “política de vida que supone (cierto nivel de) emancipación en los dos principales sentidos: emancipación de las trabas de la tradición y de las condiciones de dominio jerárquico (...) Mientras la política emancipadora es una política de opciones de vida, la política de la vida es una política de estilo de vida (...) Se trata de una política de realización del yo en un entorno reflejamente ordenado, donde esa reflexibilidad enlaza el yo y el cuerpo en sistemas de ámbito universal”. Es lógico pensar que la emancipación de las trabas de la tradición supone una decisión personal en un contexto fuertemente influido por la cultura, mientras la emancipación de las condiciones de dominio jerárquico supone la instauración previa de la política emancipadora y de la creación de ese “entorno reflejamente ordenado”, que, de nuevo, depende de una voluntad política por parte del Estado.

Hinkelammert y Wallerstein proponen estrategias alternativas concretas de acción colectiva para superar la crisis social latinoamericana. Hinkelammert (1991:23-240), quien se inscribe en la ética de la liberación, frente a lo que denomina la irracionalidad del mercado aboga, primero, por

rechazar esa irracionalidad de muerte. Segundo, resistir, pues se “presupone que la legalidad no es legitimidad (porque) ninguna medida, aunque sea legalizada en nombre de empresas o del Estado, es legítima simplemente porque está permitida en el marco de las normas legales. Para serlo, tiene que ser compatible con las condiciones de sobrevivencia de la humanidad y de la naturaleza”. Argumenta que “cuando se toma en cuenta la racionalidad reproductiva, se hace visible que el precio de la competencia pura (propuesta por las leyes del mercado) es un precio irracional”.

Wallerstein (1997:246-248) sustenta una estrategia proactiva en la que las “fuerzas antisistémicas deberían (...) concentrarse en la expansión de grupos sociales de todo tipo a todo nivel de la comunidad y su agrupamiento (...) en niveles en forma no unificada (...) El centralismo democrático es exactamente lo opuesto de lo que hace falta”. Propone, además, una especie de guerrilla social. “una estrategia de múltiples frentes por múltiples grupos, cada uno de ellos complejo e internamente democrático tendría a su disposición un arma táctica que podría ser abrumadora para las defensas del status quo; consiste en tomar literalmente la vieja ideología liberal y exigir su cumplimiento universal”. Esto implica, dice Wallerstein, presiones para aumentar la democratización en la toma de decisiones y la eliminación de los “bolsones de privilegio”. En otras palabras, se trata de la “táctica de sobrecargar el sistema por la vía de tomar sus pretensiones y afirmaciones mucho más en serio de lo que quieren las fuerzas dominantes”.

9. Conclusiones

La integración como proceso en América Latina ha venido emergiendo, a partir de la década de los años ochenta, como una realidad inevitable y cada vez más dinámica, cuyas perspectivas más profundas sólo se pueden analizar, precisamente, valorando el ámbito histórico-cultural de sus comunidades, consideradas desde el punto de vista individual y colectivo. No en balde, los años posteriores a la guerra fría han sido testigos del “albolear de cambios espectaculares en las identidades de los pueblos, y en los símbolos de dichas entidades. Consiguientemente, la política global empezó a reconfigurarse en torno a lineamientos culturales” (Huntington, 1997:19).

La verdadera definición de América Latina es haber sido el crisol de la absorción recíproca de lo ibérico, lo indígena y lo africano durante los últimos tres siglos. De allí que sea un hecho inocultable que la región tenga una presencia histórica, económico-política y cultural en el mundo contemporáneo que tiende progresivamente a afirmarse y que esta realidad es la expresión de un “ser” latinoamericano. Ese “ser” Latinoamericano tiene una connotación propia a través de una intrínseca fuerza hacia una integración cultural permanente, que se evidencia desde el mismo momento en que los navegantes ibéricos desembarcaron en el “nuevo” continente (Herrera, 1989). Por otra parte, en la actualidad desde el continente europeo -específicamente desde España y Portugal- se está configurando un diálogo histórico-cultural de marcadas proyecciones con América Latina. A lo anterior hay que agregar, que en contra de una identidad para la región conspiran nuevos designios de una sociedad internacional cuyas prioridades son el crecimiento económico y elevados niveles de consumo. El empleo masivo de la radio y de la televisión se ha convertido en el gestor de un nuevo escenario que ha contribuido a debilitar el conocimiento y la vivencia de los valores propios. Los estudiosos en América Latina consideran que este paradigma tecnológico está acelerando un proceso de “alienación cultural” de proporciones más vastas que las tangibles erosiones que hayan podido experimentar las culturas de Europa y Estados Unidos por el impacto de

la globalización y la apertura de mercados comerciales. Sin embargo, y a pesar del miedo a la “alienación cultural” es necesario ensayar alternativas frente a estas realidades que parecieran tener un carácter irreversible, como es el de la revolución de los medios audiovisuales.

El futuro de América Latina, en sus relaciones de toda índole con las demás regiones del mundo, depende precisamente de la posibilidad de la reafirmación de su identidad cultural. En otras palabras, que en función de esa perspectiva está trazado el camino del continente que lo podría llevar a la adopción de modelos políticos, sociales y económicos que fortalezcan su carácter autónomo. Que les permitan, primero, deslastrarse de esa abstracción unidimensional del homo economicus, y segundo, salir del “ranking” de pueblos marginales y dependientes de centros hegemónicos de poder para actuar de acuerdo a una afirmación cultural propia. Por lo que resulta innegable, en aras de trazar el futuro latinoamericano, que el escenario cultural debe constituir uno de los instrumentos más decisivos pues “ni el crecimiento económico, ni el crecimiento científico y tecnológico pueden ser logrados a costa del sacrificio de la identidad cultural” (M'Bow, 1977:12).

El diseño de políticas culturales en el subcontinente no puede abordarse simplemente como frías respuestas burocráticas ante necesidades sectoriales de la sociedad o del individuo. Es por esa razón que América Latina debe proyectarse como región en su conjunto con un patrimonio cultural común, incluyendo pequeñas o aisladas comunidades, aún cuando difieran en aspectos económicos, sociales e ideológicos.

Bibliografía

- AROCENA, Rodrigo. 1992. “América Latina ante el Subliberalismo”, **Nueva Sociedad**, No. 121, Caracas, pp. 104-111.
- BECK, Ulrich. 1998. **¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización**, Paidós, Barcelona.
- BERNAL-MEZA, Raúl. 1998. “Los procesos de globalización: perspectivas y riesgos para América Latina”, **Contribuciones**, XV: 3 (59), Buenos Aires, p. 117-157.
- BID. 1997. **América Latina tras una década de reformas**, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, D. C.
- BOBBIO, Norberto. 1989. **El Futuro de la Democracia**. FCE, México.
- BODEMER, Klaus. 1998. “La globalización - Un concepto y sus problemas”, **Nueva Sociedad**, No. 156, Caracas, p.5-69.
- BORON, Atilio A. 1998. “Réquiem para el liberalismo” en Emir Sader (ed.) **Democracia sin exclusiones ni excluidas**, **Nueva Sociedad**, Caracas, pp. 167-199.
- DRUCKER, Peter y NAKAUCHI, Isao. 1997. **Tiempo de desafíos. Tiempo de reinenciones**, Editorial Hermes, México, 1997.

- ELKINS, David J. 1997. "Globalization, Telecommunication and Virtual Ethnic Communities", **Internacional Political Science Review** 18.2, pp.139-152.
- FERRER, Aldo. 1983. "La deuda externa y la convergencia latina e iberoamericana", ponencia presentada al **VII Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Economía**, Madrid, septiembre de 1983. Reproducido en Comercio Exterior.
- FLEURY, Sonia. 1998. "Política social, exclusión y equidad en América Latina en los 90", **Nueva Sociedad**, No. 156, Caracas, pp. 72-94.
- FORNET-BETANCOURT, Raúl. 1998. "Supuesto filosóficos del diálogo intercultural", **Utopía y Praxis Latinoamericana**, 3:5, pp. 51-54.
- FORRESTER, Viviane. 1997. El horror económico, FCE, Buenos Aires.
- GIDDENS, Anthony. 1997. **Modernidad e identidad del yo**, Península, Barcelona.
- HERRERA, Felipe 1989. **El escenario latinoamericano y el desafío cultural: El Convenio Andrés Bello**. Editorial Gente Nueva, Santafé de Bogotá.
- HINKELAMMERT, Franz J. 1991. "¿Capitalismo sin alternativas? Sobre la sociedad que sostiene que no hay alternativas para ella", **Pasos** No. 37, San José de Costa Rica, pp.11-24.
- HUNTINGTON, Samuel. 1997. **El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial**. Paidós Barcelona.
- IANNI, Octavio. 1998. "El socialismo en la época del globalismo" en Emir Sader, (ed.) **Democracia sin exclusiones ni excluidos**, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 13-22.
- KLIKSBERG, Bernardo. 1993. **El rediseño del Estado para el desarrollo socioeconómico y el cambio. Una agenda estratégica para la discusión**. CLAD, Caracas.
- LABASTIDA, Julio. 1992. "El futuro de la democracia y el desafío de los estados nacionales en América Latina", en **Las Américas en el horizonte del Cambio II**, UNAM-FCE, México, pp. 138-150.
- LECHNER, Norbert, 1992. "El debate sobre Estado y mercado", **Nueva Sociedad** No. 121, Caracas, pp.80-89.
- LONDOÑO, Juan Luis y SZÉKELY, Miguel. 1997. **Distributional surprises after a decade of reforms: Latin America in the 1990's**. Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, D.C.
- M'BOW, A. 1997. "Metas para el futuro", **Correo de la UNESCO**, mayo de 1997.

- MARGULIS, Mario. 1997. "Cultura y discriminación social en la época de la globalización", **Nueva Sociedad**, No. 152, Caracas, pp.37-51.
- MARTIN, Geoffrey R. 1997. "The Role of culture in Global Structural Transformation: Opera and the Baroque Crisis in Seventeenth-Century Europe", **Internacional Political Science Review**, 18:2, p. 153-166.
- O'DONNELL, Guillermo. 1998. "Estado, democracia y globalización - Algunas reflexiones generales", **Tareas**, **98**, pp.5-21.
- RIFKIN, Jeremy. 1997. *El fin del Trabajo*, Paidós, Buenos Aires.
- RODRÍGUEZ R. Miguel y RODRIGUEZ MENDOZA, Miguel. 1987. "Desarrollo económico y financiamiento externo en América Latina" En SELA (Compilador) *Políticas de ajuste*, **Nueva Sociedad**, Caracas.
- SLATER, David. 1998. "Los rasgos espaciales de la democratización en tiempos globales", **Nueva Sociedad**, No. 156, Caracas, pp. 44-53.
- TOURAINF, Alain. 1997. *¿Podremos vivir juntos?*, FCE, Buenos Aires.
- VILAS, Carlos M. 1998. "Buscando al Leviatán: hipótesis sobre ciudadanía, desigualdad y democracia" en Emir Sader (ed) *Democracia sin exclusiones ni excluidos*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 115-134.
- WALLERSTEIN, Immanuel. 1995. "La reestructuración capitalista y el sistema-mundo", Conferencia magistral en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, Octubre de 1995. ([http :Iwww.ucm.es/lotros/lisalameric.htm](http://www.ucm.es/lotros/lisalameric.htm), 1997).
- WALLERSTEIN, Immanuel. 1997. **Después del liberalismo**, Siglo XXI, México.